



LEONARDO KILSTEIN



S/t - S/d - Pintura sobre madera - 37,5 x 26 cm
Colección Norma Rodríguez

KILSTEIN, LEONARDO

(Paraná, Entre Ríos, 1942 - Córdoba, 2005)

Escultor y dibujante autodidacta, radicado en Córdoba.

Su producción se encuentra particularmente asociada al movimiento generado en Córdoba a mediados de los '60 en torno a los Salones Juveniles, organizados por la Caja Popular de Ahorros. Entre el grupo de artistas que participan de estos salones puede mencionarse a Francisco "Keko" Luna, Jorge Seguí, Raúl Heredia, Emilio Luque y Luque, Mónica Brandi y Noemí Bernardello. La obra de Kilstein se define principalmente por la utilización de materiales precarios en construcciones de carácter abstracto. Según su propia definición, tiende "a la síntesis extrema, al concepto desnudo de artificios".

Además de los ya mencionados Salones Juveniles, participa desde fines de los '60 en muestras colectivas y salones de la ciudad de Córdoba y de Buenos Aires, Santa Fe y Tucumán. Obtiene así una serie de reconocimientos, entre los que cabe destacar una Mención en el SNBA (1970); el Gran Premio de Honor en el XV Salón Anual de APAC (1982) y una Segunda Mención en el Salón y Premio Ciudad de Córdoba (1985).

Se presenta en muestras individuales en Córdoba y Buenos Aires. En 1992 se realiza en el Centro Municipal de Exposiciones "José Malanca" una exposición retrospectiva de su obra.



Auténtico Totem - S/d - Acrílico, metal y madera - 67 x 32 x 13,5 cm
Colección Norma Rodríguez

Leonardo, la precariedad del tiempo

Cuando se propone un homenaje a Leonardo Kilstein, las adhesiones son inmediatas. Quienes lo frecuentaron recuerdan la nobleza de su condición, la extrañeza de su temperamento, como si se tratara de un comediante extraído de algún texto literario. Los que no lo conocieron se interesan por la caracterización del personaje mezcla de lord inglés y ropavejero, se preguntan por su linaje ligado a una cierta atopia socrática de nuestros tiempos.

Ahora, cuando se intenta realizar una muestra que acompañe ese homenaje, las cosas se tornan complicadas. Seguir la huella de su producción, más allá de aquellas composiciones que residen en los museos, implica rastrear los circuitos que Leonardo establecía respecto al destino de sus obras, sus preferencias, sus intuiciones, sus caprichos.

Una vez que damos con ellas, si no estamos prevenidos, nos afecta inicialmente cierta sorpresa, cierta desazón. Muchas de sus obras se encuentran deterioradas, el duro metal oxidado, el papel evidenciando su fatiga, la delicada madera envejecida. Pero tenemos que dejar de lado los juicios apresurados, no se trata de desidia, sino de una desatención estructural, algo que está implícito en la obra misma.

Lo podemos constatar cuando transportamos sus obras al museo. Las acarreamos como a esos niños a quienes les lavamos la cara y los peinamos para que estén presentables y nos acompañan de mala gana al colegio. Una vez en el recinto sienten cierta incomodidad con la solemnidad del emplazamiento y estamos seguros que por las noches se cambian de lugar conspirando contra nosotros y también contra ellas mismas.

Ese movimiento de conjuración para consigo mismas nos parece esencial. Leonardo sabía o al menos intuía, que la muerte es la larga sombra de la vida proyectada sobre el suelo. Sus manos

habitualmente se alargaban hacia el piso, la vereda, el adoquinado y recogían el material que estaba buscando, un alambre, un trozo de madera, un candado ya inútil, un cartón desechado. Los materiales lo imantaban, padecía que lo noble estuviera diseminado por el suelo.

Martillar, aplanar, dar flexibilidad, palpar las resistencias diferentes, atar, unir. La intransigencia, la ilimitada perseverancia de transformar la escoria en esa fecundidad que meditaba, no antes, sino en el contacto mismo con sus elementos. El arte tenía para Leonardo esa condición primera, inicial, del teatro de marionetas que con solo mover y tensar los hilos la vida se anima en un instante. La habilidad manual de Leonardo era infinita, más allá que sus elementos a veces se negaban a prestarle servicio, se rebelaban ante el intento de dar vida a lo caduco.

Pero considero que cuando nos acercamos a una obra de Leonardo no hay que reparar demasiado en la técnica, en su consumado oficio. El arte auténtico va más allá de la destreza: expresar una verdad estética conlleva captar realidades fugitivas, internarse a un tema necesario a nuestra existencia. Lo transitorio, lo efímero, lo que caduca hace que cada obra de Leonardo se nos presente como una víscera sucia, un corazón ensangrentado, palpitando en la barranca de los tiempos.

En los últimos años de su vida, quizás por tropiezo, pateó el biombo que separa lo vivo de lo muerto. De ese período recuerdo una obra a la que tengo particular aprecio y de la que supongo puede estar expuesta a la ausencia, pero no a la injuria de los tiempos. Es pequeña, de una síntesis perfecta, realizada con metal opaco del cual Leonardo supo encontrar sus destellos. La llamó El Vuelo. Es el nombre con el que trató de captar la efímera, difusa, sustancia de los sueños. Quizás fue su mayor anhelo.

Gerardo Máximo García



Piazzola - S/d - Madera y hierro - 178 x 84 x 40 cm
Colección Museo Genaro Pérez

patrones formales que se repiten, formando una melodía secreta. Por anécdotas de amigos del artista, se infiere que Kilstein le dio todo al arte. A cada una de sus piezas le entregó una porción de su vida. No era un artista posmoderno. La vitalidad de sus obras tiene el poder de interrogarnos, de seducirnos, de conmovernos, aun cuando los materiales hayan sufrido deterioro. Y a lo mejor ese deterioro forma hoy una parte sustancial de las obras, como un aporte creador del tiempo y del desgaste de los materiales a la labor de un artista esencial.

Mariano Serrichio
Área de Investigación del Museo Emilio Caraffa

La vida de las formas

Como toda obra de arte auténtica, la de Leonardo Kilstein es inclasificable. Está claro que hay huellas muy claras de corrientes estéticas que el artista incorporó en su hacer, como la abstracción, el pop, el conceptualismo, el arte concreto. No obstante, sus esculturas, objetos y dibujos no se acomodan con facilidad a los rótulos. Gracias al conocimiento del arte de su tiempo, Kilstein establece una diferencia significativa con los estilos de los que se apropia: sus piezas únicas, extrañas y entrañables representan una respuesta creativa a la imitación mecánica de los estilos que llegan empaquetados de los grandes centros del arte, sin la compleja historia que los atraviesa en su lugar de origen.

En la misma línea de argumentación, puede leerse su preferencia por materiales ajenos a la tradición artística. Los objetos más diversos, encontrados al azar, se realzan en las obras de Kilstein, quien ha trabajado sobre ellos para extraer una idea. En el conjunto de obras que hoy podemos apreciar, se percibe la fuerza de ese pensamiento que opera sobre los materiales para insuflarles vida y dignidad, obteniendo una forma donde menos se la espera. Hoy el uso de objetos de la vida cotidiana en el arte es común en Córdoba, pero en los tiempos en que producía Kilstein era una verdadera novedad, que contrastaba abiertamente con la afición a los materiales elevados de la tradición local. No realizaba Kilstein una exaltación de esos objetos por sí mismos: con ellos construía formas, nociones abstractas concretadas plásticamente. Y su lección es clara: con cualquier cosa se puede hacer arte si se tienen ideas y, claro está, oficio.

La producción de Kilstein no ha sido abundante ya que su exigencia era enorme, por lo que cada pieza representaba la solución a un problema de forma, la respuesta a una necesidad interior. Existe, no obstante, comunicación entre sus piezas: ciertos



El nudo II - S/d - Hierro - 97 x 52 x 31,5 cm
Colección Norma Rodríguez



St - S/d - Madera y hierro - 72 x 87 x 14 cm
Colección Ernesto Berra



La silla - 1995 - Metal y cerámica - 171 x 30,5 x 28 cm
Colección Museo Emilio Caraffa



St - 2003 - Tinta, acrílico - 69 x 55 cm
Colección Norma Rodríguez



St - 1999 - Técnica mixta - 98 x 32 x 14 cm
Colección Silvia López



Figura - 2000 - Dibujo sobre papel - 61 x 51,5 cm
Colección Norma Rodríguez



S/t- S/d - Técnica mixta- 36,5 x 18 x 14 cm
Colección particular

Se cumplen 7 años de la muerte de Leonardo Kilstein. El Museo Caraffa le rinde justo homenaje con una excepcional exposición de su obra, homenaje al que adhiero con toda la admiración y simpatía que siempre he tenido por este notable artista que hizo de la escultura la finalidad última de su vida. Y lo hizo con esa capacidad y entrega total, muy propias de él, que puso al servicio no sólo del resultado final de una obra terminada y expuesta o integrando alguna colección privada, sino por el mensaje de amor, de complacencia hacia el amigo, o por el hecho más profundo de hacer volar su imaginación y su vivencia hacia inquietudes espirituales afines a la cultura, la filosofía, la religión, la moral y el arte oriental.

Quizá esta inquietud lo llevara a realizar una obra esencial y austera en su forma y en su contenido, en la que no hay nada que quitar y nada que agregar, definitiva y contundente, amable a los ojos y al espíritu, y no ajena a un sutil sentido del humor.

Ejemplo de ello es esta obra que he dispuesto acompañe estas líneas, su última escultura, y que poco antes de su partida, al comentarle que yo la había adquirido, me dijo: "Me complace que la tengas vos porque a mí también me gusta". Fueron las últimas palabras que escuchara de él, las que no olvidare jamás y que surgen con callada y sentida emoción al contemplarla; es mi permanente abrazo al amigo.

Rafael Ferraro



S/t- 2004 - Hierro - 156 x 15 x 15 cm
Colección Rafael Ferraro



Totem - S/d - Madera y hierro - 65 x 39 x 16
Colección Zulma Cepeda



Homenaje a Oscar Páez - 1997 - Madera, hierro,
clavo durmiente y piedra sapo - 21 x 24 x 22 cm
Colección Alejandra Espinoza



El surtidor - 2002 - Técnica mixta - 36 x 20 x 17 cm
Colección Norma Rodríguez